

I. DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN DIOCESANA

Sr. Obispo

HOMILÍA EN LA EUCARÍSTÍA DEL C ANIVERSARIO DEL BEATO JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Zamora. San Ildefonso. 9 de Enero de 2002

1. Hoy, en el día en que se cumple el C Aniversario del nacimiento del Beato José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, hemos sido convocados por el Señor para celebrar esta Eucaristía de acción de gracias al Dios Uno y Trino, fuente y origen de todo don, fuente y origen de la santidad de sus criaturas. Al Dios Uno y Trino se dirige nuestra mirada y nuestro corazón agradecido por todo lo que Él ha obrado en su siervo José María: gracias le damos por su persona entregada al amor y a la voluntad de Dios, por su vida en el seguimiento de Cristo, por la heroicidad de sus virtudes y por su obra –la Obra de Dios– como él llamó.

2. Nuestro Beato Josemaría nacía el 2 de enero de 1902 en Barbastro, capital del Somontano aragonés, dentro del matrimonio formado por José Escrivá y Corzán y Dolores Albás y Blanc. A los cuatro días de su nacimiento recibía las aguas bautismales y le impusieron los nombres de José María, Julián y Mariano; más tarde, como signo de su gran amor a la Virgen María y a San José, él mismo uniría los dos primeros nombres en un solo: José María. A la edad de quince o dieciséis años comienza una etapa esencial en su vida, que dura hasta los veintiséis años; es la ‘época de los barruntos’, como él gustaba decir: comenzó a percibir que Dios, en su infinita bondad, le pedía algo, esperaba algo de él, sin saber muy bien en qué se concretaba esa voluntad. Afirmaba en alguna ocasión: *‘Comencé a barruntar el Amor, a darme cuenta de que el corazón me pedía algo grande y que fuese*

Amor' (Meditación *Los caminos de Dios*, 19-III-1975, en *Diálogo con el Señor*, pp. 215-216).

Un día de invierno, en Logroño, le removió la visión de las huellas penitentes de un carmelita descalzo en la nieve; pisadas que le hablaban de los pasos de Cristo por este mundo y parecían invitarle a ir en su seguimiento. Años después, recordando este suceso providencial, contaba: "*El Señor me fue preparando a pesar mío, con cosas aparentemente inocentes, de las que se valía para meter en mi alma esa inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor, tan humano y tan divino, de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando por las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de ese estilo, que me removieron y me llevaron a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión... y a la penitencia*" (Meditación *Los pasos de Dios*, 14-II-1964, *ibid.*, p. 72).

Pensó que ser sacerdote entraba dentro de los planes divinos y decidió iniciar los estudios en el Seminario; al mismo tiempo parte de aquellos planes quedaban velados para él. De ahí que comenzara a rezar, ya desde los primeros momentos de su vocación, con palabras del ciego de Jericó: "*Señor que vea*"; y también "*que sea lo que Tú quieres*". Su oración, su perseverante clamar, su atenta escucha y su correspondencia a la gracia durante toda una década tuvieron como fruto la luz. Fue el 2 de octubre de 1928, cuando Dios al fin le hizo ver el Opus Dei. Esa, y no otra, era la misión para la que el Señor le venía preparando.

3. '*Rema mar adentro y echad las redes para pescar*' (Lc 5,4) dice Jesús a Pedro. De modo semejante, ese día 2 de octubre, durante unos ejercicios espirituales en Madrid, el jovencísimo sacerdote José María escuchó la voz del Señor que le confiaba abrir un camino nuevo de santidad y de apostolado en el amplio mar de la Iglesia, debería dejar la tranquilidad de la orilla, para lanzarse a una aventura de proyección universal tanto en el espacio como en el tiempo.

Jesús le quería como instrumento para recordar que en virtud del bautismo todo cristiano es hijo de Dios, 'imagen del Hijo', como nos recuerda San Pablo (Rom 8,29); le quería para recordar que el don del bautismo —la filiación divina, la incorporación a Cristo y a su Iglesia—, es a la vez una tarea común a todo bautizado: una llamada a la santidad, una llamada a vivir y desarrollar la vida de los hijos de Dios, recibida en el Bautismo, en el seguimiento de Cristo y como miembros corresponsables en la vida y misión de la Iglesia. José María recupera esta verdad básica del cristianismo y propo-

ne la necesidad de conducirse de acuerdo con la realidad bautismal; fomenta la confianza en la providencia divina, la sencillez en el trato con Dios, el aprecio por las realidades naturales y humanas, la serenidad y el optimismo.

Nuestro Beato percibe que el Señor le quiere para ayudar a descubrir el camino de la unión con Dios, de la santidad, en medio del mundo, en el trabajo cotidiano, en el matrimonio, en la familia, en el cumplimiento de los deberes sociales, en la amistad, en el descanso, en el desempeño de todas las actividades honestas. Había que difundir el mensaje de que la plenitud de la vida cristiana es accesible para todo hombre, cualquiera que sea su estado y condición, y que la vida ordinaria nos ofrece una ocasión providencial para una ilimitada entrega a Dios y para llevar a cabo un apostolado eficaz en los más variados ambientes. Todo cristiano puede y está llamado a buscar la santidad —es decir a vivir la propia condición bautismal— a través de las circunstancias de su vida, y de las actividades de las que se ocupa. En palabras del fundador del Opus Dei: "*La vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios*"; "*el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana*" (En *Es Cristo que pasa*, n. 148).

Nuestro beato descubre y proclama que el trabajo ocupa un lugar central entre las realidades que se han de santificar. La profesión, el oficio que cada uno desempeña, es camino de santidad. Para santificar el trabajo, éste deberá ser realizado "*con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres)*" (En *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 10).

4. Estas enseñanzas, puestas en práctica y divulgadas desde ese instante de luminosidad, resultaban por aquel entonces muy novedosas. No era frecuente oír hablar de santidad en medio del mundo. Era como si se hubiera producido un paréntesis de siglos, y, por ello, como el resurgir de un mensaje nuevo y viejo; tan nuevo y antiguo como el mismo Evangelio. La santidad no es cosa de privilegiados, dirá. La santidad no algo reservado exclusivamente a algunas almas escogidas o a sacerdotes y religiosos. Las palabras de San Pablo son muy claras: "*Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*", dichas para todos los discípulos de Jesucristo. Desde que el Concilio Vaticano II la propuso de modo solemne en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, se ha hecho doctrina común en la Iglesia la llamada universal a la santidad, que el beato José María había recuperado años antes del olvido. La *Lumen Gentium* y el Catecismo de la Iglesia Católica nos lo recuerdan: "Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son lla-

mados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”. Todos estamos llamados a la santidad: ‘Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto’. (Cfr. LG 40; CEC 2013).

La vocación a la vida cristiana y la llamada a la santidad son equivalentes. Todo fiel cristiano está llamado a la santidad. La santidad es la conformación con Aquel que es Maestro y Modelo de santidad. Nadie pues que realmente quiera ser cristiano puede considerarse exento de la llamada de Jesús a aspirar a la santidad. Ninguna excusa, como la dificultad de ese camino o las atracciones del mundo o lo complejo de la vida moderna, puede aducirse para escamotear el destino de felicidad al que Dios llama al hombre.

La santidad es el gran regalo de Dios para el ser humano. Por los misterios de la Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, el amor de Dios se abre de modo inefable a la humanidad y posibilita el restablecimiento, a niveles impensados, como ‘hijos en el Hijo’, de la amistad con Dios en la comunión de la Iglesia. Esta santidad es decisiva para la felicidad del ser humano. Es meta fundamental a la que se debe tender para alcanzar la plenitud. Todo creyente debe dejarse invadir por un intenso ardor por aspirar a la propia santidad. Todo bautizado debe tomar conciencia de qué significa realmente ser bautizado y valorar tan magno tesoro pensando, sintiendo y actuando como cristiano. Es, pues, necesario que cada uno ponga el mayor interés y dedique lo mejor de sí a responder a la gracia, cooperando con ella desde su libertad para vivir cristianamente acogiendo el designio divino y llegar a ser santo, para llegar a ser feliz.

El camino de la santidad es el amor. El amor es el misterio más grande del mundo. En su sentido pleno implica participación en la misma vida de Dios. La tarea de los hombres es abrirse al amor y dejar que éste penetre profundamente en su corazón. El amor es principio y meta de los caminos de Dios, es y debe ser también el principio y meta de los caminos del hombre. Dios habita en la Iglesia y en los hombres en la medida en que se aman mutuamente. El amor que procede de Cristo y el amor del cristiano no son sensaciones vagas, sino que incluyen un compromiso definitivo para que el amor de Dios se manifieste y transforme la persona, las relaciones humanas, la sociedad y el mundo.

También nosotros estamos llamados a buscar una santidad auténtica en medio de nuestro vivir ordinario, que no es otra cosa sino buscar la plenitud de vida cristiana. El secreto de la santidad está en poner siempre amor de Dios y espíritu de servicio a los demás en todo lo que emprendemos. El secreto reside en el amor y la perfección con que se lleva a cabo lo peque-

ño, lo menudo, lo cotidiano. Ciertamente, una santidad escondida, discreta, sin brillo externo, pero con evidente heroísmo. Deberíamos ser capaces de aunar, porque es posible, una gran altura de miras, unos ideales de altos vuelos, con una atención muy responsable hacia las pequeñas cosas que son la sustancia del vivir cotidiano y la materia prima de la santificación.

5. Vale la pena ir por este camino. Fiémonos de la palabra de Cristo como Pedro y como el beato Josemaría: ‘*Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero por tu palabra echaré las redes*’ (Lc 5,5). Si nos ponemos en la situación del joven sacerdote José María, lo que se le pedía tenía que parecerle, humanamente hablando, como un imposible. El se consideró sin fuerzas, sin condiciones, incapaz de sacar adelante una tarea de la magnitud. Pero su respuesta fue, similar a la de Simón Pedro: ‘*por tu palabra echaré las redes*’; confió en el Señor y, lleno de fe, inició su trabajo fundacional sin desmayos, con tenacidad, poniendo los medios sobrenaturales para cimentar bien el Opus Dei en la oración y en la expiación, y, en la medida de lo posible, también los escasos medios humanos a su alcance, actuando con lógica divina y dándose con generosidad a la labor apostólica.

En el momento de entregar su alma a Dios, el 26 de junio de 1975, el Señor le había permitido contemplar la Obra con un desarrollo muy prometedor. El Opus Dei ya estaba implantado en todos los continentes. Había unos 60.000 fieles cristianos que se contaban entre sus hijos e hijas espirituales, y no pocas iniciativas apostólicas habían surgido con variedad de estilos y con madurez de frutos.

6. El Beato José María acostumbraba a decir que él no era modelo de nada; que el único modelo era Jesucristo; y que, por tanto, nadie tenía por qué imitarle. Pero también añadió en algún momento: “*Si en algo podéis imitarme es en mi amor a Santa María*”. Procuró caminar siempre muy cogido de su mano. Con seguridad una de las facetas que más admiró en la Virgen fue que Ella es *Maestra del sacrificio escondido y silencioso* (Camino. n. 509), modelo de quien quiere santificarse en la menudo, en las cosas pequeñas, para hacer, en expresión suya, endecasílabos, verso heroico, de la prosa de cada día (Homilía *Amar al mundo apasionadamente* en *Conversaciones*, n. 116).

Concluyo ya con unas palabras del beato José María: “*Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente*

pequeñez. Así vivió María. La llena de gracia, la que es objeto de las complacencias de Dios, la que está por encima de los ángeles y de los santos, llevó una existencia normal (...). Corazón Dulcísimo de María, da fuerza y seguridad a nuestro camino en la tierra: sé tú misma nuestro camino, porque tú conoces la senda y el atajo cierto que llevan, por tu amor, al amor de Jesucristo” (Es Cristo que pasa, nn. 172 y 178). Amén.

† CASIMIRO LÓPEZ LLORENTE
Obispo de Zamora

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE SAN ILDEFONSO

Zamora. Parroquia de San Ildefonso, 23 de enero 2002

Queridos hermanos:

1. Reunidos por el Señor en torno a la mesa de su Palabra y de su Eucaristía a los pies de los restos de San Ildefonso, veneramos y honramos a este Arzobispo de Toledo, patrono de la Ciudad de Zamora y patrono secundario de la Diócesis en el día de su Solemnidad.

¿Quién es este hombre que, por su santidad, la Iglesia nos lo propone como modelo de nuestro peregrinaje en la fe y como intercesor ante Dios en la necesidad?

Ildefonso, hijo de Esteban y Lucía, nació en Toledo hacía el año del Señor de 607, en el seno de una familia cristiana. Después de haber estudiado unos años en Sevilla con San Isidoro, ingresó muy joven aún y en contra la voluntad de los suyos en Agali, el monasterio de San Cosme y San Damián en las cercanías de Toledo, un célebre centro monástico en la historia eclesiástica de España. No sabemos con certeza si ya entonces hizo profesión de los votos monásticos. Ordenado hacia el 630 diácono de la Iglesia toledana, vuelve al monasterio, donde vive primero como monje, y llega más tarde a ser elegido abad. Muerto su tío, el arzobispo de Toledo, Eugenio II en noviembre del año 657, el rey Recesvinto decide nombrarlo metropolitano de Toledo, la Urbs regia, siendo consagrado obispo a finales del mismo 657. Su pontificado al frente de la sede metropolitana de Toledo duró, según San Julián, nueve largos años, donde muere el 23 de enero de 667, siendo sepultado en la iglesia de Santa Leocadia, de la capital de la España visigótica; su cuerpo fue trasladado en los primeros tiempos de la